

# LIBROS

64

LETRAS LIBRES  
NOVIEMBRE 2015

**Tiphaine Samoyault**  
• ROLAND BARTHES

**Erika Pani**  
• PARA PERTENECER A LA GRAN FAMILIA MEXICANA: PROCESOS DE NATURALIZACIÓN EN EL SIGLO XIX

**Patricia Soley-Beltran**  
• ¡DIVINAS! MODELOS, PODER Y MENTIRAS

**Selva Almada**  
• CHICAS MUERTAS

**Timothy Snyder**  
• TIERRA NEGRA. EL HOLOCAUSTO COMO HISTORIA Y ADVERTENCIA

**Adolfo Castañón**  
• POR EL PAÍS DE MONTAIGNE

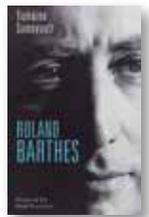
**E. L. Doctorow**  
• CUENTOS COMPLETOS

**Guillermo Soberón**  
• EL MÉDICO, EL RECTOR



## BIOGRAFÍA

### Escribiente, homo academicus, escritor



**Tiphaine Samoyault**  
ROLAND BARTHES  
París, Seuil, 2015,  
720 pp.

✎ **CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL**

“Queriendo convertir al crítico en científico exaltó los poderes creativos de la crítica como nadie lo había hecho. Y al fracasar en la imposición de una nueva ciencia demostró que la que tiene límites es la teoría literaria, no la literatura.” Con estas frases, acaso autocomplacientes, publiqué en estas mismas páginas, en diciembre de 2009, mi reseña del *Diario de duelo* de Roland Barthes, aspirando a ajustar cuentas finales con el crítico que, ahora al cumplir su centenario, me convoca de nuevo.

Una vez concluida la lectura de *Roland Barthes*, de Tiphaine

Samoyault, mi admiración plagada de matices por Barthes no ha cambiado demasiado. Ello se debe no solo a mi obcecación sino al carácter de la biografía escrita por Samoyault, más biografía intelectual que biografía a secas, muy preocupada en ser a la vez “una vida y obra”, preocupación que entiendo muy bien pues ello pretendí hacer yo mismo al publicar el año pasado *Octavio Paz en su siglo*. De las biografías que he leído desde entonces, unas pocas en verdad, con ninguna me sentí tan identificado, en sus falencias, como con esta. Por si algún lector encontrara en los colores de esta reseña algo de los brochazos del autorretrato, lo admito desde el principio.

Ocurre que la de Barthes no fue una vida interesante. Sorprendentemente no lo fue. Fue el último de los tuberculosos decimonónicos tratados, antes de los antibióticos, como los pacientes pintados por Thomas Mann en *La montaña mágica* con curas de altura, neumotórax y reposo absoluto, fórmula ideal para el desarrollo de cualquier personalidad artística del orden contemplativo y de una escritura tan atenta a los detalles significativos como la suya. Duplicó no del todo conscientemente la vida de Gide (protestante, homosexual criado por mujeres fuertes, pianista algo más que amateur, diarista), aunque ese paralelo ya lo había resuelto brillantemente J. Benito Fernández en *Gide/Barthes. Cuaderno de niebla* (2011), pero los franceses nunca leen lo que los extranjeros dicen de sus clásicos, lo que los convierte, a ellos, tan universales, en una especie exótica de nacionalistas. El propio Barthes, me repito, no era muy ducho en otras lenguas y salvo Brecht no le interesaron mayor cosa los clásicos modernos extranjeros.

Pero a diferencia de Gide, Sartre, Camus o Foucault, Barthes fue un hombre en el fondo apolítico, medroso si se quiere, un esteta (palabra usada con tino por Samoyault) que evadía el compromiso político. En esa tibieza

influyó su admiración temprana por Jean Jaurès, por el socialismo moral y moderado, admiración que, por así decirlo, le costó la vida pues el atropellamiento más célebre en la historia de Francia lo sufrió Barthes al regresar caminando de una reunión de intelectuales con François Mitterrand, a quien ya no vería, el año siguiente, convertido, al fin, en presidente de la República. Igualmente puede decirse, dado que este *Roland Barthes* empieza con la muerte de quien pregonó la-muerte-del-autor, que la marca de la tuberculosis tampoco se borró del destino barthesiano: murió el 26 de marzo de 1980 en la Pitié-Salpêtrière, no como consecuencia directa del accidente, sino de una infección hospitalaria instalada, durante el mes de internamiento, en sus debilitados pulmones. Mismos que, debe decirse, lo salvaron del reclutamiento en 1940.

Su más grave error político fue acompañar a sus amigos de *Tel Quel* a la China de la Revolución Cultural en 1974 y callarse su desinteresado disgusto por un país que juzgó infecto. Era Barthes “muy amigo de sus amigos”, de tal forma que se privó de decir las tonterías criminales de las que hubieron de arrepentirse Philippe Sollers y Julia Kristeva (que con Barthes como pieza asexuada formaban un brillante triángulo) y otro de los turistas, François Wahl, el recientemente fallecido inventor editorial del estructuralismo. Con todo, alguna frivolidad se le salió, motivo de una burla despiadada de ese desenmascarador de tontos útiles que fue Simon Leys, que sí sabía chino, además. Ni siquiera durante los setenta, cuando el compromiso político de un Foucault, amigo, cómplice y rival (cuya personalidad contrastada con la de Barthes es uno de los grandes logros de Samoyault), se volvió estridente y ambos eran famosísimos, se sintió obligado a participar en las causas a las que se le urgía sumarse. Fingía que se sumaba y se escondía: fue más un hombre privado que público y, como tantos homosexuales estrechamente ligados a su madre, Barthes se

cuidó de exhibirse por consideración con Henriette, madre culta y devota que se hacía de la vista gorda, ante la orientación de su hijo, a cuyos amigos y estudiantes, amantes o no, recibía afectuosamente ya fuese en su piso de la parisina rue Servandoni o en la casa de campo de Urt. El afable Roland solo montó en cólera una vez cuando su admirado Jean Genet lo llamó *bergère* (poltrona o pastora y en aquel léxico homosexual, al parecer, una manera insultante de referirse a un homosexual pasivo) en una entrevista publicada en libro por Dominique de Roux, al grado que le pidió al editor que arrancara esa página de todos los ejemplares en circulación. Fallecida su madre en 1977, Barthes quedó, en buena medida, liquidado.

De joven, como la mayoría de los intelectuales franceses, coqueteó con el Partido Comunista y sus textos sobre Brecht pueden calificarse hasta de estalinoides. Para no ser políticamente incorrecto no hizo público su deseo de que Argelia se conservase francesa pero significativamente se abstuvo de firmar el manifiesto de los 121 intelectuales por la insumisión en aquella guerra colonial. El 68, como a la mayoría de los ya bautizados “estructuralistas”, lo tomó a contra pie, como dijo, brillante, François Dosse, pues aquella era la revancha del obsoleto Sartre. Además, Barthes estaba bastante enfermo esos días y su escasa participación en reuniones y mítines también se debió a la gran cantidad de exámenes médicos que se estaba practicando. En todo caso, estaba deprimido durante aquel mayo, con más deseos de escaparse al norte de África a corretear mozalbetes que de lanzar adoquines contra la policía al lado de sus alumnos. Su respuesta al 68, según su biógrafa, fue *Sade, Fourier, Loyola* (1971), lo cual es decir todo y nada: la rebeldía, el utopismo y los ejercicios espirituales.

Barthes fue esencialmente un profesor —*bomo academicus* en el más noble sentido de la palabra— preocupado por enseñar, metódico y generoso,

arquitecto del seminario como espacio comunitario más cercano al falansterio utópico del XIX que a la industria académica posestructuralista estadounidense, cuyo nacimiento apadrinó en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore en 1966, el lugar y el año en que Jacques Derrida, con la anuencia de Barthes, fundó su exitoso imperio. La opinión que Barthes tenía de Derrida no me queda clara (aparecido el gramatólogo siempre todo se enreda) pero Samoyault explica lo doloroso que fue para el semiólogo sobrellevar el desprecio y la condescendencia que siempre le manifestó su admirado Claude Lévi-Strauss.\*

En cuanto a Foucault, además del mercado de favores mutuos que los unía e hizo posible el ingreso de ambos al Colegio de Francia, coincidían en las correrías homosexuales pero cuando Michel salió del clóset, Roland retrocedió. Sus personalidades eran del todo antagónicas: el primer empleo en el extranjero de Foucault fue en la nórdica Upsala, el de Barthes en la latina Rumania. El sádico asceta y el sibarita de lo neutro. Sin llegar a la doble vida de los homosexuales británicos o hasta de Gide (en matrimonio blanco con su prima y padre “experimental” de una hija), Barthes siempre prefirió, como Proust, la reserva. Nunca consideró que de la homosexualidad propiamente dicha pudiese generarse un discurso amoroso y por ello *Fragments de un discurso amoroso* —su *bestseller* de 1977— fue, digámoslo como entonces, *unisex*, o transgénero, como se dice hoy.

Sin ser reacio a la vanidad pública, Barthes prefería el salón de clase o el café a la mesa redonda o la conferencia magistral; lo suyo eran las fichas y los ficheros, la modesta artesanía del investigador y fue esa misma la que lo hizo dejar la teórica. Si algo me

\* Nota para el lector mexicano: el desdén absoluto y a mi entender injusto de Octavio Paz por Barthes, a quien conoció en 1969 gracias a Severo Sarduy, muy bien pudo deberse a las opiniones de Lévi-Strauss sobre la frivolidad del semiólogo, que nuestro poeta tomaba muy en serio. Al final de su vida, Paz se amistó con Sollers pero Barthes y Sarduy ya habían muerto.

impresionó de la exposición que el Centro Pompidou le dedicó a Barthes en el nevado invierno 2002-2003, fue que podían apreciarse, colgadas a media sala en un vitral transparente, cientos de las miles de fichas anotadas por el semiólogo. Profesor de los buenos y quizá, también, un gran escritor, no fue jamás el escribiente mecánico e insípido postulado en sus teorías juveniles. ¿Muchos Barthes? Parece que algunos, para empezar. Tanto Samoyault como Louis-Jean Calvet, su anterior biógrafo, reconocen aliviados en el autor de *El grado cero de la escritura* (1953) a un típico escritor francés dubitativo entre el clasicismo y el romanticismo. De joven tomó partido al mismo tiempo por Camus y Michelet (esa sí, su respuesta a la Segunda Guerra Mundial, pues el historiador, como un mormón, quería para sí todos los muertos de Francia con nombres y apellidos), habiéndolo hecho debutar Maurice Nadeau, ese incansable que a sus cien años, no hace mucho, contestaba correos electrónicos. Entrando a la vejez, junto con su inseparable

Sollers, se inclinó por Chateaubriand y por Severo Sarduy. Se alejó del cientismo por convencimiento de que la obra literaria, una vez leída, es siempre un anacronismo y a la explicación de esa obsolescencia debe dedicarse la crítica. Por ello el Barthes del siglo XXI, el de *El placer del texto* (1973), está más cerca de la escuela de Ginebra que de la de París, no tan lejos de lo que ahora es la “vieja” crítica que de la ejercida por los deconstruccionistas y sus actuales compañeros de viaje.

En todo caso, era un antimoderno, como lo definió su amigo Antoine Compagnon, el gran apóstata del posestructuralismo. No fue ajeno a las modas, no podía serlo el autor de las *Mitologías* (1957), y entre su reinterpretación de la lectura y la escritura abundan las contradicciones y las falacias. Fue también un autocrítico cruel al grado de sacar del alfabeto que compone sus *Fragmentos de un discurso amoroso* muchas de las entradas, censuradas con exceso de celo por quien entonces era su alumno favorito. Samoyault, como otros intérpretes previos, concede que Barthes se descubría a sí mismo jugando al impostor y su propio rigor protestante lo llamaba a capítulo pues si algo hace conservar esa fe, decía, es un lenguaje interior violento, autoritario. Como el de Jean-Jacques, como el de Gide.

De no haber muerto precozmente habría hecho una historia de la retórica como Foucault alcanzó a hacerla de la sexualidad, me parece. De joven Barthes quiso reconstruir, junto con otros jóvenes tuberculosos de La Sorbona, el teatro de la Grecia clásica y en los comienzos de su vejez votó por los antiguos contra los modernos, ambigualmente, acorde a su personalidad, pues lo suyo no eran las grandes batallas, y cuando ocurrió la polémica con Raymond Picard, tras la publicación de *Nouvelle critique ou nouvelle imposture* (1965), fueron sus amigos quienes lo empujaron al combate. Además, como lo explica con honradez Samoyault, Picard no era ningún improvisado y sabía muchísimo más

de Racine, motivo inicial de la bronca, que un Barthes desmesurado y generalizador a quien protegió, más que la verdad, la moda, la nueva mitología. Sabía dónde estaba el grano y dónde estaba la impostura. *Crítica y verdad* (1966), su respuesta, posee dos aspectos que Samoyault destaca: por un lado, Barthes arremete solo contra Picard y no contra la vieja crítica o la tradicional, porque en esos días ya estaba coqueteando con Curtius, y, por el otro, presenta el programa, tendido por oficioso, del estructuralismo: hacer de la literatura una rama más de la antropología.

Hipersensible, al proclamar su programa ya dudaba también de él, pues Kristeva y Tzvetan Todorov llegaban de Bulgaria con una sorpresa en su maleta de estudiantes pobres: Bajtín. *S/Z* (1970) acabará por inmovilizar a la ciencia como herramienta para hacer crítica literaria. Y entre ellos está el peor de los libros de Barthes, *El imperio de los signos*, también de 1970, en donde, haciendo a un lado las virtudes del observador meticoloso que sin duda fue, su Japón está explicado desde una arrogancia bastante estúpida: la dudosa virtud de ignorar una lengua. Eso pienso yo, no Tiphaine Samoyault, a cuyo correcto *Roland Barthes* solo lo afean las demasiadas páginas dedicadas a los pasatiempos del semiólogo: acuarelista dominguero, calígrafo aficionado y, como muchos malos cocineros, teórico de la gastronomía, actividades que su biógrafo pretende incorporar a una grandilocuente lección teórica. El buen y hogareño Barthes no da para tanto.

Barthes, el escribiente, ha acabado por ser –salvo para algunos fanáticos reclusos en las universidades gringas– anecdótico frente al verdadero *homo academicus* y al crítico que reordenó el canon francés y reivindicó el placer universal de la lectura. Nadie puede decir que Racine, Balzac o Chateaubriand sean los mismos tras la lectura de Barthes, aunque su Sade haya envejecido, repudiado en

Historia  
MÍNIMA  
de

La literatura  
mexicana del  
siglo XX



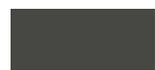
JOSÉ MARÍA ESPINASA

EL COLEGIO  
DE MÉXICO

<http://libros.colmex.mx>

el siglo de los derechos humanos, y las *Mitologías* sean un “método” al alcance de cualquier cronista periodístico avisado. No encuentro mejor elogio para un crítico: hizo de sus costumbres de lector, naturaleza. —

**CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL** es crítico literario. El Colegio de México pondrá en circulación próximamente *La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863*.



## HISTORIA

### Xenofobia y asilo



**Erika Pani**  
**PARA PERTENECER A LA GRAN FAMILIA MEXICANA: PROCESOS DE NATURALIZACIÓN EN EL SIGLO XIX**  
México, El Colegio de México, 2015, 204 pp.

#### RAFAEL ROJAS

La imagen de México como país de asilo se reitera en las visiones históricas predominantes. Los míticos refugios de revolucionarios y comunistas latinoamericanos entre los años veinte y cincuenta, el exilio de León Trotski, la solidaridad del gobierno de Lázaro Cárdenas con la República española, la gestión de Gilberto Bosques en el consulado de Marsella a favor de los transterrados republicanos o la recepción de la emigración sudamericana y centroamericana, que huía de las dictaduras militares y las guerras civiles, en los años sesenta, setenta y ochenta, han afinado esa percepción de México como país con una política migratoria flexible o abierta. Bien pensado el asunto, sin embargo, aquella política de asilo parece haber sido más una sucesión de coyunturas, determinadas por el acomodo del régimen migratorio a la diplomacia ideológica de la Revolución mexicana o del Estado posrevolucionario, que la evidencia de una legislación abierta al extranjero.

Estudios recientes como los de Pablo Yankelevich y Daniela Gleizer

cuentan la otra cara de la historia: frecuentes aplicaciones del artículo 33, tonos xenofóbicos en el nacionalismo revolucionario, múltiples trabas al asentamiento de comunidades foráneas. No hay una explicación simple para ese contraste entre políticas de asilo coyunturales y una estructura migratoria cerrada o poco flexible. Pero algo de la explicación tal vez se encuentre en la tradición jurídica y política de las leyes e instituciones migratorias, en el proceso de naturalización de extranjeros y en la propia concepción de la ciudadanía mexicana, heredados del siglo XIX. El libro más reciente de la historiadora Erika Pani describe aquella noción rígida de la frontera entre nacionalidad y extranjería en el México decimonónico.

Comienza Pani llamando la atención sobre el reducido flujo migratorio hacia México, entre 1820 y 1910, si se compara con otras experiencias americanas como Estados Unidos o Argentina. En todo el siglo XIX los extranjeros en México nunca alcanzaron el 1% de la población, como consecuencia de una timorata política de colonización, que reprodujo trabas religiosas, morales y étnicas al proceso de naturalización. Pani reconstruye la legislación migratoria republicana, entre la primera ley de 1828 y la más acorde al canon liberal, redactada por Ignacio L. Vallarta en 1886, y reseña exhaustivamente la multiplicidad de obstáculos jurídicos y burocráticos que se interponían a la concesión de derechos de ciudadanía a los extranjeros. Para principios del siglo XX, menos del 10% de aquella minoría de extranjeros había completado el proceso de naturalización.

La apuesta por el *ius sanguinis*, en detrimento del *ius soli*, que en la ley Vallarta sobrevivió a la interdicción de otra religión que no fuera la católica, superada en 1857, dejó una huella profunda en la tradición constitucional mexicana hasta 1917. Las críticas que adelantaron algunos eminentes observadores como el

liberal argentino Juan Bautista Alberdi —quien en sus *Bases y puntos de partida* (1852) había cuestionado los “temores hacia el extranjero” del nacionalismo mexicano— no persuadieron a los constitucionalistas de la Reforma, la República Restaurada y el Porfiriato de las ventajas de abrirse al *ius soli* y a una estrategia de naturalización más abierta.

En sus pesquisas en el ramo de pasaportes del Archivo General de la Nación, Erika Pani constata que hasta 1857 la aplicación de restricciones religiosas para el asentamiento y naturalización de extranjeros fue severa. Pocos años antes de las leyes de Reforma, a mineros ingleses como Richard Blackuel les era denegada la ciudadanía por falta de fe de bautizo en su expediente y hasta presbíteros, como el polaco Estanislao Rogoski, tuvieron que someterse a una investigación en fuentes vaticanas, que exigía la Iglesia local para aceptarlo como nacional.

El tortuoso camino hacia la ciudadanía mexicana, descrito por Erika Pani, se enredaba aún más cuando el extranjero era asumido como perteneciente a razas “inferiores” o ajenas a la composición étnica predominante en México. Los afrodescendientes, los chinos y los judíos de Europa del Este debieron superar mayores obstáculos que otros inmigrantes. La reconstrucción de la identidad, de la historia personal e incluso del nombre y el apellido formó parte de esa estrategia de integración. En las solicitudes de naturalización que presentaban a las autoridades migratorias, los extranjeros se proyectaban como ciudadanos aculturados o plenamente asimilados a las tradiciones y costumbres mexicanas, lo cual implicaba, en muchos casos, la conversión religiosa al catolicismo. El extranjero aprendía a valerse de la mentalidad xenofoba para acelerar su incorporación a la nueva nacionalidad.

3,845 mexicanos por naturalización entre 1828 y 1917 es una cifra exangüe, pero aun así, en casi un

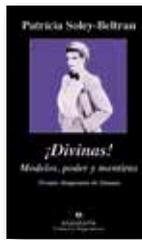
siglo de inmigración los naturalizados crecieron moderadamente año con año. Si antes de 1871 raras veces llegaban a más de cincuenta naturalizados al año, poco antes del estallido de la Revolución, en 1910, rebasaban los cien anuales. Aunque en el Porfiriato tardío se observa una tendencia al incremento de las naturalizaciones, nunca se llegó al tope que alcanzó en 1843, como consecuencia de un decreto de ese año que prohibía a los extranjeros el comercio al menudeo y que provocó que cientos de ellos decidieran nacionalizarse. El aumento de las naturalizaciones en el Porfiriato tuvo que ver con una toma de conciencia sobre la materia, dentro de la burocracia migratoria y diplomática, como se expone en el ensayo *Nacionales por naturalización* (1903) del jefe de despacho del canciller Ignacio Mariscal, Carlos Américo Lera, un cubano naturalizado, partidario de la anexión de la isla a México, que llegaría a ser cónsul en Japón.

La aparición de este libro de Erika Pani es saludable en un campo historiográfico que, en las últimas décadas, ha cargado el énfasis sobre la dimensión simbólica o imaginaria de la nación. Si bien la conocida tesis de Benedict Anderson, sobre las identidades nacionales como “comunidades imaginadas”, es correcta, en la dimensión propiamente jurídica del Estado nacional se manifiestan la exclusión y la xenofobia como mecanismos de construcción de una ciudadanía republicana. La historia parece haber dado la razón a Juan Bautista Alberdi y hoy esa concepción restrictiva de la naturalización de extranjeros y de la incorporación plena de los inmigrantes a la vida pública mexicana se perfila como una de las mayores limitaciones del liberalismo en el siglo XIX y del nacionalismo revolucionario en el XX. —

**RAFAEL ROJAS** (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Historia mínima de la Revolución cubana* (El Colegio de México/Turner, 2015).

## ENSAYO

## Patricia y Tyra



**Patricia Soley-Beltrán**  
**¡DIVINAS! MODELOS,  
PODER Y MENTIRAS**  
Barcelona, Anagrama,  
2015, 272 pp.

## Catalina Ruiz-Navarro

Este año, el programa de televisión *America's next top model* llegó a su temporada veintidós. El *reality* fue creado en 2003 por la modelo Tyra Banks, una de las supermodelos de los noventa. Tyra, negra, vivió en carne propia los discursos de poder de una industria en donde las “bonitas” eran las blancas y rubias, y ella era la “exótica”. Con la intención política expresa de diversificar el mundo del modelaje, y en el preciso momento en que empezaba a ser considerada “vieja” para la industria, lanzó este exitoso fenómeno del pop que hoy se replica en varios países del mundo. Tyra fue una de las primeras modelos en desmitificar su oficio, y con su *reality* nos mostró las crueldades e imperfecciones detrás de esas imágenes perfectas. El show es paradójico porque, a la vez que intenta romper los patrones de la industria, perpetúa sus maltratos, a la vista de todos, con fines de lucro. *America's next top model* muestra los descosidos de estas formas divinas, pero quizá ni Tyra ni su audiencia entienden, o no quieren entender, lo que están diciendo.

Los prejuicios y estructuras de poder que habría que denunciar desde un análisis teórico sobre la industria de la moda son los mismos que abren una brecha entre la academia y el modelaje, por eso un puente entre ambos mundos es algo inesperado. *¡Divinas! Modelos, poder y mentiras* —el libro ganador del más reciente Premio Anagrama de Ensayo—, de Patricia Soley-Beltrán, es una oportunidad

inusitada para llegar a donde Tyra no puede o no quiere llegar. La autora —licenciada en historia cultural por la Universidad de Aberdeen y doctora en sociología del género por la Universidad de Edimburgo— fue modelo entre 1979 y 1989. Cuando era niña, se hacía una pregunta frente al espejo cada mañana: ¿Quería ser Rita Hayworth o un intelectual francés? Quizás la misma pregunta que en algún momento nos hacemos todas las mujeres.

*¡Divinas!* se suma a la propuesta de dejar de considerar el cuerpo como un ente puramente material determinado en su totalidad por la naturaleza, y en cambio pensarlo como un espacio crucial para la interacción cultural. Lo que entendemos por mujer u hombre, por bello o feo, responde a unas construcciones sociales y, como muestra este ensayo, a lógicas del mercado. Las imágenes creadas desde los cuerpos de las modelos responden a unos sistemas de poder que cuesta trabajo ver; lo que se considera “bello” depende de quiénes son y qué quieren quienes tienen el control político y económico del mundo.

Cuando las nuevas tecnologías de manufactura hacen posible la difusión masiva de las prendas *prêt-à-porter*, se promueve la homogeneización de los patrones corporales. Ahora el cuerpo debía amoldarse a la ropa y no al contrario. Esta queja puede rastrearse a comienzos de la modernidad cuando Walter Benjamin se preguntaba cómo la era de la reproducibilidad técnica había afectado nuestra concepción del mundo y cuando Heidegger, a partir de un poema de Rilke, volvía sobre el abrigo de su abuelo, que se había amoldado a su cuerpo, a diferencia del abrigo “moderno”, al que en ese entonces se amoldaba el cuerpo de Heidegger. Como los cuerpos de las mujeres tuvieron que adaptarse a la ropa, la delgadez se puso de moda; mientras más flacas más parecidas serían a una percha, y la ropa podría admirarse sin distraernos con las particularidades de los cuerpos.

Las modelos hoy en día deben tener la versatilidad de un lienzo en blanco, lo que de cierta manera implica borrar la personalidad. Esto es especialmente importante porque la lógica adquisitiva del capitalismo se basa en creer que se pueden comprar ideas, emociones y virtudes a través de los objetos. Como dice Soley-Beltran: “Al modelar la personalidad y el ánimo mediante productos sumergimos nuestro cuerpo en una cultura de la apariencia y lo convertimos en una colección de signos a interpretar. Dado que la apariencia y la presentación se consolidan como expresión del yo, las vestiduras se tornan señales del ser íntimo, un ser al que se accede por medio de productos.”

Solo puedo hacer dos objeciones a *¡Divinas!* La primera es que la dicotomía esencia-apariencia parece atravesar todo el libro, como si hubiera imágenes que son “más reales” que otras. Esto es cierto en muchos sentidos, pero una de las cosas que ha revelado la posmodernidad es que todo lo que tenemos son apariencias y que en realidad no hay ni se necesita nada debajo de las caleidoscópicas superficies. La segunda es que, siendo un texto que se escribe desde la experiencia, Soley-Beltran no puede abandonar su mirada europea. Así, asume que la estrategia de “globalizar” a la cantante barranquillera Shakira, tiñendo de rubio su cabello, iba en contra de los códigos estéticos de su lugar de origen, cuando, en realidad, ese cambio en el cabello coincide con una estética caribeña que se debe a códigos de poder particulares de la ciudad. A veces, una estética de poder local coincide con la global, pero no porque la imite, sino porque desde diversos caminos se puede llegar a la misma imagen. Es decir, no todo tinte es blanqueamiento, no toda ficción es farsa. Esto es evidente para mí porque soy barranquillera, pero no tendría por qué saberlo Soley-Beltran, quien habla desde otra experiencia. Por eso, sería interesante replicar el ejercicio de *¡Divinas!* desde

otras esferas y desde otros rincones del mundo.

Finalmente, la autora pregunta si “teniendo en cuenta que las imágenes no son una referencia visual de la realidad, sino del orden simbólico que las constituye, ¿podemos ir más allá de la diferencia estereotipada y adoptar un punto de vista diferente?” Quizás estamos en el momento histórico para poder contestar a esa pregunta pues el monopolio de la producción de las imágenes se ha roto finalmente. Hoy, gracias a los teléfonos celulares y las redes sociales, podemos construir imágenes sobre nosotros mismos, en nuestros términos, y divulgarlas de la manera que queramos. La *selfie* o autorretrato digital para redes sociales, es un paradigma simbólico del mundo moderno. En la última temporada de *America's next top model*, Tyra le entrega a cada concursante un celular para que practique “sus ángulos”. Lo que llama la atención es que la mayoría de las personas copia el lenguaje de la publicidad para contar su vida: si felicidad, alegría, viajes, comida, amor, hedonismo, son los valores que quieren proyectarse en las fotos, eso demuestra que la publicidad sigue siendo el discurso dominante. Aún así, la circunstancia actual abre espacio para contestar a estos discursos, y no es de extrañar que ahora contemos con *fashion bloggers* de todas las tallas y colores. Hoy, más que nunca, todo puede pasar.

*¡Divinas!* es un ensayo agudo y ameno; provocador por sus ideas y provocativo por su forma. Tiene la virtud de que puede ser leído por académicos y por fashionistas, mostrando, por fin, que ambos mundos no son excluyentes. Pero, sobre todo, es una especial prueba de la importancia de que las mujeres participen en la construcción de la crítica cultural. Aterrizar estos conceptos y generar estas ideas solo puede hacerse desde una experiencia muy específica. Por eso es tan importante hacer teoría desde los cuerpos de las mujeres. —

**CATALINA RUIZ-NAVARRO** es una periodista colombiana. Escribe una columna semanal para los diarios *El Espectador* y *El Herald*.

## CRÓNICA

### Cuestión de suerte



**Selva Almada**  
**CHICAS MUERTAS**  
México, Literatura  
Random House, 2015,  
248 pp.

✎ **TANIA TAGLE**

En junio de este año, bajo la consigna de “Ni una menos”, la sociedad argentina se unió para exigir un alto a los asesinatos machistas que han dejado en aquel país un saldo de más de mil ochocientos feminicidios en los últimos seis años —en México, perdónese la comparación, la cifra se sextuplica con casi dos mil feminicidios al año—. El 3 de junio —en una de las manifestaciones más concurridas en la historia de Argentina— miles de ciudadanos marcharon en Buenos Aires por el cese de la violencia y pidiendo justicia para las víctimas.

A cinco meses de las movilizaciones aún es difícil señalar logros concretos, sin embargo, la concienciación y visibilización de una de las consecuencias más terribles de la violencia heteropatriarcal significa un verdadero triunfo digno de celebrarse. De pronto, una sociedad que durante años había solapado y normalizado los crímenes en contra de las mujeres se puso de pie para repudiarlos. Lo anterior habría sido impensable hace treinta años, cuando ocurrieron los asesinatos (que entonces aún no se llamaban feminicidios) que Selva Almada (Entre Ríos, Argentina, 1973) reconstruye en *Chicas muertas*. Los casos de tres mujeres jóvenes de provincia, cuyas muertes nunca fueron esclarecidas, son entrelazados con maestría con las propias experiencias de la autora.

“No sabía que a una mujer podían matarla por el solo hecho de ser

mujer”, escribe Almada en el primer capítulo del libro cuando recuerda el momento en el que se enteró del asesinato de Andrea Danne: “Yo tenía trece años y esa mañana la noticia de la chica muerta me llegó como una revelación. Mi casa, la casa de cualquier adolescente, no era el lugar más seguro del mundo. Adentro de tu casa podían matarte.”

Con una prosa sencilla pero precisa, por momentos casi clínica, Almada hilvana la objetividad de la investigación periodística con la intimidad de la autobiografía. Uno de los mayores aciertos de *Chicas muertas* consiste en exponer el horror de la violencia machista al mismo tiempo que revela el intento de un personaje, la misma autora, por contarse su propia historia a través de las historias de otras mujeres. Después de un libro de cuentos y dos novelas, *Chicas muertas* es la primera incursión de Almada en la “no ficción” pero, a pesar del buen resultado, Almada deja muy claro que es ante todo una narradora. Las escenas y las atmósferas se encuentran minuciosamente construidas. A la par de adentrarse en un tema fundamental, el valor del libro se encuentra en la forma en que Almada ha decidido contar las historias de estas mujeres, llevando al lector a recorrer los pueblos del interior de Argentina a través la ventanilla de un autobús destaralado; desesperarse con los moscos, el calor, la lluvia nocturna y el lento paso del tiempo; y compartir la adrenalina que causa seguir las pistas de un crimen, pero también las largas horas de tedio frente a los expedientes.

Andrea, una adolescente de clase baja; María Luisa, una trabajadora doméstica, y Sarita, una prostituta y madre soltera, son los tres ejes del relato alrededor de los cuales Almada rescata las historias de muchos otros personajes femeninos: la chica cuyo novio despechado le prendió fuego a su casa, la niña en la estación de autobuses que se entrega a cambio de una merienda, la adolescente ultrajada

por un grupo de compañeros ebrios, la propia madre de la autora abofeteada por el marido al poco tiempo de haberse casado... A partir de un exhaustivo trabajo de archivo, entrevistas con conocidos y familiares e incluso una médium, la autora intenta devolver la dignidad a las víctimas a través de la memoria.

En la actualidad, las mujeres asesinadas en América Latina se han vuelto una cifra, un pico en alguna gráfica. En medio de la frialdad institucional y el morbo periodístico con que se trata a la mayoría de los casos de feminicidio, Selva Almada recupera los nombres y a través de ellos las vidas de estas mujeres que durante décadas no parecieron importarle a nadie.

*Chicas muertas* es también una denuncia de la corrupción, la ineficiencia y el nepotismo que operan en un sistema de justicia que culpabiliza a las víctimas a causa de una sociedad que ha normalizado las distintas manifestaciones de la violencia de género: “La mamá de mi amiga que no se maquillaba porque su papá no la dejaba. La compañera de trabajo de mi madre que todos los meses le entregaba su sueldo completo al esposo. La que no podía ver a su familia porque al marido le parecían poca cosa. La que tenía prohibido usar zapatos de taco porque eso era de puta.”

La infancia de la autora transcurre entre mujeres que comentaban en voz baja la desgracia de otras mujeres, para que las niñas que escuchaban con los ojos muy abiertos fueran aprendiendo cuál era su lugar.

“Ahora tengo cuarenta años y, a diferencia de ellas y de miles de mujeres asesinadas en nuestro país desde entonces, sigó viva. Solo una cuestión de suerte”, escribe la autora en el epílogo, para que quede claro que, aún ahora, cada día que pasa en la vida de una mujer es un día más que, por mero azar, ha sobrevivido. —

**TANIA TAGLE** (ciudad de México, 1986) es ensayista, editora y traductora.

## HISTORIA

## Una relectura del Holocausto



**Timothy Snyder**  
**TIERRA NEGRA. EL HOLOCAUSTO COMO HISTORIA Y ADVERTENCIA**  
Traducción de Paula Aguiriano, Inés Clavero, Irene Oliva y David Paradelo  
Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, 528 pp.

## DANIEL CAPÓ

Hay un escalofrío que recorre el pensamiento europeo de la segunda mitad del siglo XX y es la sombra que despliegan los campos de exterminio sobre el proyecto de la modernidad. En una frase convertida ya en tópico, el filósofo de la Escuela de Fráncfort Theodor Adorno sentenció que escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie. Más aún, para el austriaco Jean Améry, la misma noción de humanidad desapareció en las cámaras de gas. Conceptos como belleza, verdad, bien o dignidad humana fueron borrados de la historia. Por supuesto, hoy sabemos que el siglo de los totalitarismos fue también el de la muerte programada, pero el Holocausto permanece como una singularidad que trastoca nuestras creencias sobre el género humano. En este sentido, la realidad de Auschwitz no pierde vigencia sino que sigue interpeándonos: ¿Por qué sucedió? ¿Puede volver a ocurrir? ¿Qué papel desempeña la memoria en la reivindicación de la justicia?

Hablar de la memoria supone hablar de una interpretación de los hechos. En *Tierra negra*, el historiador Timothy Snyder nos ofrece una relectura del Holocausto compleja, fascinante y polémica; no del gusto de todos. Empecemos primero por lo conocido: la historia del antisemitismo en Europa es larga, aunque ha tenido en el pasado menos de persecución racial que religiosa. Es en la segunda

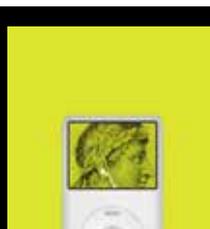
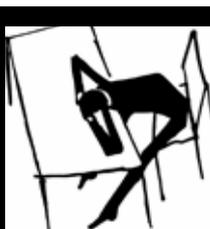
mitad del XIX cuando se produce un cambio de paradigma que intensificará de un modo especial la judeofobia. Por un lado, el dinámico movimiento migratorio de judíos rusos y polacos hacia el occidente europeo; por otro, la irrupción del nacionalismo como ideología con un fuerte componente étnico y racial. Para Snyder, este último elemento resulta fundamental para interpretar al nazismo. “En el mundo de Hitler –explica– la única ley era la jungla.” De este modo, las distintas razas combaten por el dominio de un territorio acotado, del que depende su alimentación y, por tanto, su supervivencia. Esta necesidad de control del espacio fue el segundo elemento clave en la ideología nacionalsocialista. El Führer despreciaba las posibilidades técnicas de incrementar la productividad agrícola necesaria para alimentar a su pueblo, por lo que pensaba que el Tercer Reich debía crecer hacia el este con el objetivo de incorporar las fértiles llanuras de Ucrania. Esa mentalidad no dejaba de ser una variante del colonialismo –conquistar los territorios deseados y expulsar o someter a la población autóctona–, donde los judíos ocupaban un lugar especial, ya que en el imaginario nazi constituían una perversión de la naturaleza que distorsionaba la lógica inapelable de la biología. “El incesante conflicto de las razas –leemos en *Tierra negra*– no era un elemento más de la vida, sino su esencia. Afirmarlo no era construir una teoría, sino observar el universo tal y como era. La lucha era la vida, no un medio para conseguir un fin; no se justificaba por la prosperidad (capitalismo) o la justicia (socialismo) que supuestamente conllevaba [...] La raza

era real, mientras que los individuos y las clases eran construcciones efímeras y erróneas.” Para Hitler, tanto el capitalismo y el comunismo –una fórmula clave en la propaganda de la época era apelar al “bolchevismo judío”– como las instituciones democráticas que protegían los derechos de las minorías estaban directamente inspirados o controlados por los judíos. Hacerlos desaparecer suponía pues un acto de higiene casi ecológica, ya que “cualquier ejercicio de deliberación ética era en sí mismo un signo de corrupción judía” que iba en contra del derecho de los más fuertes.

El punto más interesante de la tesis de Snyder radica en su análisis minucioso del desarrollo del Holocausto. ¿Fue estrictamente programado? No. ¿Respondía a la lógica interna del nazismo? Sin duda. El exterminio evoluciona paralelamente a la guerra. Tras el pacto con la Unión Soviética y el despiece de Polonia, los soviéticos y los alemanes se aprestaron a destruir las instituciones políticas de los países ocupados. Si para Stalin el objetivo era eliminar a sangre y fuego los estamentos burgueses y promover la dictadura del proletariado, para Hitler el empeño pasaba por destruir cualquier salvaguarda que limitase la limpieza racial. Con la invasión de la Unión Soviética en 1941, Alemania fue ocupando territorios que habían sido devastados previamente por los soviéticos y en donde el peso de las instituciones era ya prácticamente inexistente. Una de las lecciones fundamentales de este libro es que, sin la protección de un Estado y sus garantías, los límites morales se disuelven y la vida se convierte en un violento combate por la supervivencia.

Se trata de un dato esencial para Snyder. “La política de matanzas –escribe– fue una creación colectiva, la unión de las experiencias lituanas y las expectativas nazis [...] Los lituanos enseguida entendieron que el mito judebolchevique equivalía a una amnistía política masiva para todo aquel que hubiera colaborado con los soviéticos, así como la posibilidad de reclamar los negocios que habían arrebatado a los judíos.” Si la Unión Soviética había destruido previamente el entramado institucional de los países ocupados, los alemanes encontraron vía libre para lanzar una política basada en el antisemitismo ancestral: cada judío acribillado tenía el potencial de borrar el pasado colaboracionista de un lituano, un letón, un polaco o un ucraniano. Snyder insiste una y otra vez en este hecho: fue el desmantelamiento de los distintos Estados lo que abrió paso definitivamente al Holocausto. Sin las garantías legales que ofrecen las instituciones ni el respeto a la personalidad jurídica de los hombres, los judíos (o, en su caso, cualquier otra minoría) carecían de defensa. La política empujaba al asesinato. Muy pronto, la muerte adquirió una dimensión industrial.

Si esta es la hipótesis central del libro, el último capítulo de *Tierra negra* resulta cuando menos confuso. El autor se disfraza de politólogo y convierte su interpretación del Holocausto en advertencia para el futuro. Hay motivos para ello si pensamos que el genocidio forma parte de la experiencia humana, según puede constatarse a diario con el exterminio de las minorías cristianas (y no solo cristianas) a manos del Estado



VISITA  
NUESTRO  
CANAL  
DE **INSTAGRAM**  
[instagram.com/letraslibres](https://www.instagram.com/letraslibres)

Islámico. Pero Snyder no se limita a señalar lo obvio, sino que elucubra acerca de la posibilidad de un nuevo Holocausto, esta vez en África, y como consecuencia de alguna catástrofe ecológica de escala mundial que obligue a los nuevos imperios (China o Rusia) a movilizarse. Su temor reside en “una interacción entre la escasez local y una potencia colonial capaz de extraer alimentos y a la vez exportar ideología global”, al igual que sucedió en la Alemania nazi. El argumento puede convencer o no. Es cierto que en la historia se repiten ciertos arquetipos, pero nunca es idéntica a sí misma. Y ningún contexto anula la libertad humana ni determina por completo nuestro futuro. A pesar de estas dudas, *Tierra negra* constituye una lectura magnífica, poderosa y sugestiva. —

**DANIEL CAPÓ** (Palma de Mallorca, 1973) es periodista, crítico literario y asesor editorial.



## ENSAYO

### Montaigne ama su sombra



**Adolfo Castañón**  
**POR EL PAÍS**  
**DE MONTAIGNE**  
 México, El Colegio de México, 2015, 352 pp.

de **FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ**

“A Montaigne le interesaba —escribe Adolfo Castañón— ante todo la verdad.” No la verdad de los libros sino la de la experiencia. Plasmó esa verdad en ciento siete ensayos cuya primera edición costó de su bolsillo. Aunque el origen del ensayo se remonta a Séneca y Plutarco, con Montaigne adopta su forma moderna, paseo en prosa divagante en torno a un centro que ve y opina: el yo. Incluso esa vena autobiográfica la encontramos mil años antes en

*Las confesiones* de San Agustín. ¿Cuál es entonces la novedad de Montaigne si género y autobiografía vienen de tiempo atrás? Lo que en esencia es moderno en Montaigne es, y sigue siendo, el reconocimiento de que ese yo es un centro inestable, irregular, vano, fluctuante, que no confía en libros ni leyes sino en la propia experiencia. En ese yo titubeante —ora afirmativo, ora escéptico— se reconoció, en su juventud, Castañón: “Descubrí que yo no era un bicho tan raro, que existía un personaje muy parecido al que yo adivinaba en mí, híbrido y contradictorio, y enamorado no solo de la realidad sino de la razón.” Con ese yo desenfadado, tolerante, firme y, sobre todo, libre, se identificó Castañón. Desde entonces “Montaigne ha sido uno de los tres autores que me han acompañado invariablemente a lo largo de la vida”.

No es difícil adivinar cuáles son los otros dos autores que han tutelado la trayectoria intelectual de Castañón: Alfonso Reyes y Octavio Paz —no los únicos, por supuesto, se podría citar también a George Steiner, María Zambrano, Juan José Arreola y a tantos otros: no es un secreto que Castañón es un hombre-biblioteca.

Montaigne, Reyes y Paz trazan una genealogía ensayística que es también una ética de la escritura (claridad e inteligencia), una política (una línea sin ruptura entre la moral pública y la moral privada) y una forma de encarar la vida (la bondad, la alegría de vivir). A los tres Castañón ha dedicado sendos libros en los últimos años: además del reseñado en estas páginas, están *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante* (Juan Pablos, 2012) y *Tránsito de Octavio Paz* (El Colegio de México, 2014). Trío de libros que comparten no solo la paternidad sino las mismas virtudes y vicios. Los vicios: no son libros orgánicos, están conformados por prólogos, ensayos, notas, apuntes, bibliografías, notas de viaje, reseñas de libros, etcétera. Y las virtudes: esa deformidad en su hechura es fruto

de las andanzas literarias, editoriales y vitales del autor. Libros que son bitácoras de sus trabajos y sus días. Es cierto que no tienen centro y que por su accidentada composición hay temas que no aborda, pero dado que su centro es el ensayo y la naturaleza del género es divagatoria y esencialmente irregular, son libros que hacen virtud del pecado original de su pasado heteróclito.

“¿Qué sé yo?” es la insignia de Montaigne. Lo único garantizado en esta vida es la muerte, cuya sombra paraliza y mina. Debemos verla de frente, superarla y aprender a vivir bajo su peso. En uno de sus frecuentes paseos a caballo (Castañón relaciona su pasión por las excursiones ecuestres con su estilo digresivo), Montaigne sufre una caída y queda por horas semiinconsciente. Ese hecho fue decisivo. “Solo el que ha mirado cara a cara a la muerte puede juzgar al mundo con una mirada desprendida y relativizadora”, la vida como un entrenamiento para la muerte. Afirma Castañón que los ensayos de Montaigne tienen como eje la educación. Y en el centro de ese eje está el patrón-oro de la vida: “Enseña a vivir sin tener miedo.” Solo así se alcanza la libertad.

Si Montaigne es una máscara que utiliza para revelarse mejor, ¿qué nos quiere decir Castañón?, ¿que “todo en la vida es tan oscuro, tan diverso, tan opuesto que no podemos asegurarnos ninguna verdad”?, ¿que “nada hay tan hermoso y legítimo como hacer el bien como es debido”? *Por el país de Montaigne* es una extraordinaria ocasión para que el lector, a la vuelta de las hojas, se reconozca en Montaigne, uno de los hombres más alegres y civilizados, un amigo cierto, de quien Nietzsche afirmó: “el hecho de que tal hombre haya escrito aumenta la alegría de vivir sobre la Tierra”. —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ** (Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Elaboró y prologó *Leer*, antología de Gabriel Zaid (Océano, 2012).

## CUENTO

### Viajar con Doctorow



**E. L. Doctorow**  
**CUENTOS COMPLETOS**  
Prólogo de Eduardo Lago  
Traducción de Carlos Milla Soler, Isabel Ferrer Marrades y otros  
Barcelona, Malpaso, 2015, 464 pp.

#### EDMUNDO PAZ SOLDÁN

El escritor norteamericano E. L. Doctorow (1931-2015) se convirtió en un grande de la literatura contemporánea gracias a novelas históricas como *Ragtime* (1975) o *Billy Bathgate* (1989), que mezclan una reconstrucción minuciosa y verosímil de una época y un lugar de los Estados Unidos—*El libro de Daniel* (1971) trata del caso Rosenberg en los años cincuenta, *La gran marcha* (2005) se sitúa en los años finales de la Guerra de Secesión— con una libertad enorme para insertar allí personajes de ficción y auscultar a través de ellos el corazón de ese periodo. El “viajero del tiempo literario” —la frase es de su obituario en *The New York Times*— formaba parte de la vigorosa tradición realista de la literatura norteamericana, pero no por ello dejaba de lado un ambicioso experimentalismo con las formas narrativas y con el mismo subgénero de la ficción histórica.

Doctorow fue sobre todo un novelista, pero en su bibliografía también figuran los libros de cuentos *Vidas de los poetas* (1984), *Sweet land stories* (2004) y *Todo el tiempo del mundo* (2011); esos tres libros han sido reunidos por primera vez en nuestra lengua en un solo volumen. En el prólogo, Eduardo Lago señala que, como cuentista, Doctorow fue un escritor “más emotivo y cercano; más íntimo y elusivo; más profundo y misterioso; y, a la postre, mucho más desconcertante”. Fue, también, más irregular: si su novelística se caracteriza por una cumbre tras otra, su cuentística tiene picos notables y también llanuras para el olvido.

Doctorow decía que Chéjov era el cuentista que más le había enseñado, porque su voz era la “más natural de la ficción”, y que había aprendido de Hemingway y su fe en “la oración declarativa simple”. Hay rasgos de ambos autores en Doctorow, sobre todo en un par de cuentos que están entre lo mejor de su producción: el poético “La depuradora” y el misterioso “La legación extranjera”. En general, sin embargo, la poética de sus cuentos tiende a apartarse de lo natural, de la oración simple. Doctorow es un autor expansivo, que no está buscando el detalle revelador capaz de condensar una historia ni tampoco se obsesiona con las epifanías. Un cuento genial como “Glosas a las canciones de Billy Bathgate”, por ejemplo, es un profundo ejercicio de estilo en las antipodas de Chéjov y Hemingway.

Dos cuentos destacados del volumen son “Niño, muerto, en la rosaleda” —un texto seudopolicial sobre un agente del FBI que descubre la fuerza de los prejuicios raciales en su país— e “Integración” —sobre los nuevos inmigrantes y sus penurias tratando de hacerse de un lugar en la sociedad norteamericana—. En ambos relatos aparece el Doctorow más liberal y progresista, el que utiliza la ficción para mostrar el cambiante rostro social del país. A ese Doctorow enfocado en lo público se opone el que trabaja el espacio de lo privado en “El escritor de la familia”, un relato simple pero efectivo sobre el descubrimiento del poder de la ficción para revelar las verdades ocultas en torno nuestro.

Hay relatos ambiciosos pero imperfectos, como “Walter John Harmon”, sobre el fraudulento líder de una secta, narrado por un seguidor demasiado ingenuo, y “Vidas de los poetas” —más bien una *nouvelle*—, un texto anodino sobre Jonathan, un escritor en la cincuentena que está en crisis: “cada libro me ha llevado más y más lejos, de modo que la ocasión misma se agota, llega a no ser más que una señal distante y débil de la emisora central y hasta esta puede ser que se esté disipando”.

La resolución de la crisis lleva a un gesto político, pero ese gesto no tiene la fuerza necesaria ante la cantidad de observaciones de Jonathan sobre su vida y la de sus colegas. Doctorow tenía un cariño especial por esa *nouvelle*. Cuando fue publicada como último texto del libro *Vidas de los poetas* tenía más sentido, porque revelaba que los cinco cuentos que la precedían contaban diversos aspectos de la vida de Jonathan; aquí vuelve a aparecer al final del libro, pero su efecto original se pierde.

*Cuentos completos* tiene de todo: hay cuentos magistrales, también están los sólidos pero convencionales, y no falta uno que otro fallido. En todas las páginas respira, eso sí, un prosista magistral, un escritor con un ojo preciso y abarcador para dotar de textura al mundo, para registrar la maravilla de sus olores y colores y formas (un logro de sus traductores Carlos Milla Soler, Isabel Ferrer Marrades, Jesús Pardo de Santayana y Gabriela Bustelo): “Es una ruidosa calle comercial llena de carritos y puestos callejeros, que parece fluir como un río entre los huertos más fértiles de la tierra: puestos de frutas y hortalizas con naranjas y manzanas, uvas, ciruelas y peras, melocotones, tomates, todos apilados formando pirámides; y racimos de apio amontonados en cajas de madera y mazorcas con sus hojas verdes y cestones con treinta kilos de patatas y unos pimientos verdes muy grandes, deformes. Tiendas de lácteos abiertas a la calle con quesos envueltos en redes colgadas del techo. Carnicerías limpias y veneradas donde solo se ven los ahumados porque unas puertas enormes protegen la carne buena, succulenta y fresca; las puertas de metal blanco están al fondo y al cerrarlas hacen mucho ruido, y el carnicero lleva un sombrero de lana y un jersey debajo del uniforme blanco.” —

**EDMUNDO PAZ SOLDÁN** (Cochabamba, Bolivia, 1967) es escritor y profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Cornell. Su novela más reciente es *Iris* (Alfaguara, 2014).

## MEMORIAS

### La justa dimensión



**Guillermo Soberón**  
**EL MÉDICO, EL RECTOR**  
México, FCE/UNAM,  
2015, 496 pp.

#### ALEJANDRO MADRIGAL

En 1993 visité México gracias a una invitación de Roberto Ovilla. Yo tenía mucho interés en que se creara un Registro Nacional de Donantes no relacionados de médula ósea en México, dado mi cargo como director científico del Instituto Anthony Nolan, en el Reino Unido (el primer registro de donantes, creado en 1974). En aquella ocasión, visitamos a Guillermo Soberón, en ese entonces presidente de Fundación Mexicana para la Salud, que nos recibió con entusiasmo. Le hablamos de las dificultades que teníamos para que un concepto como el que manejábamos fuera aceptado en México. Él nos dijo, con esa familiaridad que siempre tuvo con sus estudiantes: “Muchachitos, a la aspiradora hay que saber cómo venderla. Si uno quiere que la compren, antes de tocar la puerta, hay que tirar arena en la alfombra; así cuando la gente abre la puerta puede ver lo bien que limpia y la diferencia con las zonas donde no se pasa. Por ello ustedes tienen que mostrar el problema que hay en México, y cuánta gente muere de leucemia y otras enfermedades sin que se les pueda ofrecer una única oportunidad de vida.”

Nunca he olvidado esa observación. Acudir a “dichos” era una de las cosas que caracterizaban a Guillermo Soberón (Iguala, Guerrero, 1925), una de las figuras clave al momento de explicar las políticas de salud en México en el siglo xx. Ese talento para abordar con sencillez problemas complejos queda más que

evidente en su libro *El médico, el rector*, que concentra su trayectoria vital y profesional: como profesional, pero también como rector de la UNAM y funcionario. Porque su virtud no se limitaba a la sencillez con la que entendía una dificultad, sino al talante con el que enfrentó diversos problemas nacionales de salud y educación.

No se equivoca José Narro cuando afirma, en su prólogo, que Soberón “es uno de los grandes médicos, uno de los intelectuales y científicos mayores, uno de los más destacados mexicanos que nos ha dejado un legado indiscutible en la educación superior y por supuesto en el campo de la atención de la salud”. Su labor se ha visto reflejada en la creación de varias instituciones y el desarrollo de la investigación científica, la educación superior, la salud y la moderna filantropía. Su presencia ha dejado huella tanto en la UNAM como en Funsalud, el Instituto Nacional de Medicina Genómica o el Instituto Nacional de Salud Pública, estos últimos creados gracias a su tenacidad.

En *History's turning points*, su recuento de momentos clave para la humanidad, Revel Guest y Andrew St. George se preguntan: “¿Y cómo podemos percatarnos de que nuestras propias vidas están pasando a través de un momento que podría llegar a ser un punto de cambio en la historia?” Como una suerte de respuesta, el libro de Soberón retrata el modo en que un hombre, desde distintos lugares, pudo cambiar sustantivamente la vida de otros en tres instancias esenciales para la vida pública mexicana: las instituciones, la educación y la salud.

Para un momento como el actual a veces es difícil entender que las reformas propuestas por un funcionario puedan ser trascendentes, pero en el caso de Soberón esto es estrictamente cierto. El derecho a la protección de la salud, por poner un ejemplo importante, aparece en la Constitución por una iniciativa suya.

El terremoto de 1985, la pandemia del VIH-sida, las reformas emprendidas junto a Jesús Kumate y Felipe Mota por combatir la diarrea infantil mediante la hidratación oral, la crisis de la leche radiactiva pero también la huelga en la UNAM de 1973 o la creación de la Sala Nezahualcóyotl dan cuenta de la diversidad de batallas que emprendió Soberón. Sin embargo, toda una vida dedicada a la labor pública no lo ha detenido para criticar las instituciones de las que ha formado parte. *El médico, el rector* cuenta, por ejemplo, la vez que rechazaron su propuesta para que Mario Molina fuera parte del Colegio Nacional. La razón: algunos miembros consideraron que los logros del Nobel se habían realizado con recursos del primer mundo, “en un medio propicio para el desarrollo de la ciencia”, condiciones con las que no habían contado otros candidatos. La respuesta de Soberón ante esos argumentos es ejemplar y muy “suya”: “Los mexicanos no tenemos empacho en colgarnos las medallas de Hugo Sánchez, de Fernando Valenzuela [...] pero en el caso de un científico de altos vuelos como Mario Molina, ahí sí que nos andamos con remilgos y extraños miramientos, y nos ponemos a cantar el himno nacional a la primera provocación.”

De joven, Soberón le escucha decir a su padre: “si vas a ser médico debes tener un criterio abierto y ver para todos lados, no se puede ser de otra manera, si tienes prejuicios, sacúdetelos. Ve, cerciérate y decide sobre la base de un conocimiento directo y no haciendo caso de sabios y rumores”. Y aunque también es una crónica de aprendizaje, *El médico, el rector* no es solo un libro para médicos. Somos pocos los que sabemos cuánto le debemos a Soberón en materia de salud y educación; leer estas memorias puede dar una justa dimensión a su figura. —

**ALEJANDRO MADRIGAL** (ciudad de México, 1953) es director científico del centro especializado en cáncer de sangre en la Fundación Anthony Nolan, en Reino Unido.